

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO
XXXV

T. NAVARRO TOMAS

CAPITULOS
DE
GEOGRAFIA LINGUISTICA
DE LA
PENINSULA IBERICA



BOGOTA

1975

S

111
3

7

CB. 287915 000.002

80+82

PUB INS 35

287915000002

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

XXXV

LXXXIII

3608

T. NAVARRO TOMAS

CAPITULOS
DE
GEOGRAFIA LINGUISTICA
DE LA
PENINSULA IBERICA



R.-8.167

BOGOTA

1975

INTRODUCCION

NOTICIA HISTORICA DEL *ALPI*

La aparición, en los primeros años de este siglo, del Atlas lingüístico de Francia, elaborado por Gilliéron, hizo que don Ramón Menéndez Pidal concibiera la idea de realizar en España una obra semejante. Por aquel tiempo era yo estudiante de su curso de filología en la Facultad de Letras de Madrid y preparaba, bajo su dirección, mi tesis doctoral. Tuve la fortuna de que me considerara apto para asociarme a su propósito. Por su iniciativa obtuve una pensión para realizar estudios de fonética y geografía lingüística en varias universidades extranjeras.

En 1914 quedaron ya definidas las líneas generales del proyectado atlas. En primer lugar, no se limitaría a la parte de España de lengua castellana, sino que abarcaría toda la unidad románica de la Península y se titularía *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*. Su objeto sería recoger el material necesario para ofrecer una representación de la lengua popular hablada en pueblos menores y antiguos por personas iletradas o de escasa cultura, entre los cuarenta y los sesenta años de edad.

El habla popular que, como es sabido, es el campo de la dialectología, lo es de igual modo de la geografía lingüística, la cual se ocupa especialmente de descubrir y trazar las áreas y límites de los fenómenos dialectales.

Razones importantes de cálculo del tiempo obligaron a reducir básicamente la investigación al examen de un sujeto en cada lugar, aunque sin excluir cualquier otra in-

formación marginal. No es difícil en lugares pequeños encontrar al sujeto que en sus conocimientos y en su habla representa el tipo medio de los convecinos de su misma clase. Con frecuencia prestan ayuda para escogerlo personas conocedoras del pueblo, como el maestro, el médico o el cura. No sólo la prolongación de la obra sino razones previsibles sobre la dificultad de la confección de los mapas, obligaron a desistir del deseo de dar representación metódica y conjunta a más de una persona. El estudio completo del habla de un lugar en todos sus niveles y aspectos, requiere la monografía del dialectólogo que se compenetra con el ambiente y dispone de tiempo ilimitado para su labor.

La investigación del *ALPI* se realizaría directa y personalmente por encuestadores especialmente preparados para efectuar la tarea con estricta uniformidad metódica. Se formarían tres equipos, uno por cada una de las tres zonas lingüísticas peninsulares: castellana, gallego-portuguesa y catalano-valenciana. Cada equipo estaría formado por dos jóvenes nativos de la zona respectiva. Se descartó, desde luego, la idea de que una sola persona efectuara la encuesta de todo el territorio.

Se estudiarían unos 500 lugares que formarían una red más o menos densa según las condiciones dialectales de cada sección. Resultaron, al final, 527 lugares. No se incluirían las capitales de provincia ni centros urbanos importantes, por la misma razón de método que hacía prescindir, en los pueblos menores, de las personas instruidas. El habla de los pueblos mayores y de las capitales requería un estudio especial que atendiera a las varias maneras de la vida urbana y a los diversos niveles de su composición social.

Como instrumento de la encuesta se compondría un cuestionario que abarcara los puntos de interés de la materia sin alcanzar excesiva extensión. Las contestaciones

se recogerían en transcripción fonética con el mayor detalle posible, para lo cual se adoptó, con ligeras modificaciones, el alfabeto de signos diacríticos usado en las principales publicaciones lingüísticas, más flexible y adaptable que el de la Asociación Fonética Internacional, empleado sobre todo en la enseñanza de lenguas extranjeras. No existía aún el grabador de cinta magnética, y la aplicación del gramófono y el quimógrafo no podría ser sino muy restringida.

Los dos asuntos de mayor importancia que había que resolver eran la selección y preparación de los encuestadores y la redacción del cuestionario. Resultó menos difícil de lo que cabía suponer, la formación de los tres equipos indicados. La mayor parte de los miembros designados fueron graduados de la Facultad de Letras de Madrid, donde habían seguido cursos de filología. No era en realidad nada incitante la invitación que se les hacía a participar en una empresa de varios años, con las incomodidades de viajes y hospedajes por los caminos menos transitados de la Península y sin más estímulo económico que una insignificante remuneración. El atractivo consistía evidentemente en sentirse asociados a una labor de carácter científico y de importancia nacional patrocinada por el prestigio de don Ramón Menéndez Pidal y del Centro de Estudios Históricos. Fueron elegidas las tres parejas siguientes:

Zona castellana: Aurelio M. Espinosa, Jr., nativo de lengua española en familia nuevo-mejicana de clase universitaria, y Lorenzo Rodríguez Castellano, asturiano.

Zona catalano-valenciana: Manuel Sanchis Guarner, valenciano, y Francisco de B. Moll, mallorquín.

Zona gallego-portuguesa: Aníbal Otero, gallego, y Rodrigo de Sa Nogueira, portugués, sustituido sucesivamente por razones de salud, por Armando Nobre de Guzmão y por F. Lindley Cintra.

Las tres parejas pasaron por un largo e intenso período de sistemáticos ejercicios de transcripción fonética, hasta conseguir efectiva y regular uniformidad de análisis y representación aun en los puntos más minuciosos y sutiles. La meta consistió en dar en la transcripción la imagen acústica de la palabra con detalles y matices equivalentes a una instantánea fotográfica. En principio, cualquier leve variante puede ser motivo de diferenciación entre unos lugares y otros y acaso ser indicio de posible desarrollo de un cambio futuro. Se hizo hincapié en la oscilación y tendencias del timbre de las vocales en los frecuentes casos en que se apartan más o menos del tipo medio que se les suele atribuir.

Pasó mucho tiempo sin que se realizara la redacción del cuestionario. Había que tener en cuenta puntos generales de filología románica, cuestiones concernientes de manera especial al conjunto de las lenguas de la Península, temas particulares relativos a cada una de estas lenguas y rasgos peculiares de sus respectivas modalidades dialectales. La tarea requería de manera ineludible la sabia mano de don Ramón. Eran los años en que el maestro, fuera de la enseñanza regular en su cátedra universitaria y de su asistencia a juntas y sesiones de academias y comités, se hallaba entregado a la preparación del recio volumen de los *Documentos lingüísticos de Castilla*, a la recolección de materiales para sus famosos *Orígenes del español* y a la apremiante necesidad de nutrir los cuadernos trimestrales de la *Revista de Filología Española*, fundada en 1914. Fue un gran quebranto para el ALPI el hecho de que don Ramón, ante el agobio de sus compromisos, desistiera de redactar el cuestionario y dejara encomendada la tarea a mis modestas fuerzas.

Para la sección de léxico fue de gran ayuda el Atlas italo-suizo de Jaberg y Jud, cuyos volúmenes empezaron a aparecer por esa fecha. Adoptamos su organización por

temas etnográficos siguiendo el orden de fenómenos atmosféricos, accidentes geográficos, flora, fauna, cuerpo humano, familia, hogar, labores agrícolas, oficios artesanos, herramientas, animales domésticos, etc. Sobre esta base, el *ALPI* hubiera podido llamarse *Atlas lingüístico y etnográfico*, como de hecho lo es, aunque no pareciera indispensable indicarlo en el título. Tampoco lo indica el Atlas francés, aunque contenga en gran parte material semejante al del ítalo-suizo. En la formación de esta parte del cuestionario ayudó durante algún tiempo Amado Alonso. Don Ramón contribuyó con sugerencias y notas.

En el cuestionario del *ALPI*, el léxico presenta las mismas inevitables limitaciones que en las demás obras de esta especie. Por muy extenso que sea un atlas, sus mapas no pueden encerrar más que una parte del vocabulario total de la lengua. A esta totalidad sólo se puede llegar mediante el glosario metódico general, con localización de los vocablos y correlación de sus sinónimos, empresa más amplia que la del atlas y de distinta ejecución.

Tanto en el Atlas francés como en el ítalo-suizo, las cuestiones fonéticas no figuran en mapas separados; hay que buscarlas a través del orden alfabético del primero y de la clasificación etnográfica del segundo. El estudio comparativo de un fenómeno fonético requiere que el vocablo que lo soporte sea de uso corriente en todo el territorio. La comparación tropieza tan pronto como la intervención de algún sinónimo interrumpe la uniformidad. Los vocablos más aptos para el estudio de las modalidades y cambios fonéticos son los de menor interés lexicográfico.

Teniendo en cuenta estos hechos se hizo figurar en el cuestionario del *ALPI* una serie de conceptos designados con denominación unánime en todo el territorio. Figuran en la misma sección los puntos de morfología y sintaxis que se consideraron susceptibles de someter a

interrogatorio. Los resultados probaron las ventajas de introducir esta novedad. Quedó formado el cuestionario por un cuaderno de fonética y gramática con 411 puntos y otro de vocabulario con 833. Por virtud principal de su información fonética, el *ALPI* es como una especie de acta documental del carácter y fisonomía del habla popular de la Península en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil. La honda conmoción producida por esta guerra en todo el país, y el movimiento de población ocasionado después por motivos económicos y sociales, habrán modificado sin duda alguna las líneas del *ALPI*, lo cual acentúa su interés como testimonio de valor histórico.

Se iniciaron las encuestas en 1931 en los lugares de Rascafría y Torrelaguna, de la provincia de Madrid, con visita de conjunto del grupo de investigadores, como demostración del modo de operar. Contaba yo, por mi parte, con la práctica adquirida en varios meses dedicados al estudio geográfico del español de Puerto Rico, realizado en 1928. Acto seguido, los tres equipos dieron principio a su labor en sus zonas respectivas. El de la zona castellana, por tener a su cargo la parte más extensa, tuvo el privilegio de disponer de un "ford" de segunda mano. Por economía de tiempo, uno de los miembros de cada pareja se hizo encuestador regular de la sección fonética, mientras el otro se ocupaba del vocabulario. El interrogatorio de fonética se centraría en el examen de un mismo sujeto; el de vocabulario se serviría de varios sujetos según las necesidades de la materia. De la fonética se encargaron Espinosa, Aníbal Otero y Sanchis Guarner, y del vocabulario, Rodríguez Castellano, Francisco de B. Moll y los colaboradores portugueses. Mi tarea consistió en mantener la uniformidad de la investigación, suplir los recursos adicionales de la transcripción, revisar los cues-

tionarios contestados e informar de la marcha del trabajo ante la supervisión de don Ramón.

En el verano de 1936, cuando estalló la guerra civil, estaba terminada la encuesta de la zona castellana, faltaban sólo unos lugares del norte de Gerona y del Rosellón en la zona catalano-valenciana, se había completado Galicia y se había empezado el estudio de Portugal. Guardo en mi intimidad el homenaje de mi admiración por estos jóvenes compañeros que con tanta decisión, perseverancia y eficacia ejecutaron su difícil misión.

Los cuestionarios contestados se recibían y conservaban en el Centro de Estudios Históricos. Las circunstancias de Madrid en los primeros meses de la guerra eran, por muchos conceptos, inseguras y peligrosas. Consideré de mi responsabilidad, para proteger tan valiosos materiales, tenerlos bajo mi mano. En las sucesivas etapas de la evacuación, los trasladé conmigo desde Madrid a Valencia, de Valencia a Barcelona y de Barcelona a Nueva York.

Se me acusó de haber querido apropiármelos. No tuve nunca tal propósito. Eran un depósito temporal bajo mi custodia hasta que llegase el día de regresar a España y reanudar el trabajo. La terminación de la segunda guerra mundial con la derrota del nazismo alemán y del fascismo italiano, hizo esperar lógicamente que daría lugar a la caída del franquismo español. Tan pronto como se supo que los Estados Unidos habían pactado con Franco la inclusión de España en la serie de bases militares, se perdió toda esperanza de cambio en la situación política española. En 1951 decidí devolver el *ALPI* al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del cual dependía, transformado, el antiguo Centro de Estudios Históricos. Los entregué a Sanchis Guarner y Rodríguez Castellano en Nueva York, adonde habían venido a recogerlos en nombre del Consejo.

Tuvo el *ALPI* la fortuna de encontrar en el Consejo un activo y decidido protector en la persona del profesor don Rafael de Balbín, quien supo facilitar recursos para terminar las encuestas en el norte de Cataluña, en el Rossellón y en Portugal y tomó a su cargo la dirección del trabajo hasta hacer posible la publicación del primer volumen, aparecido en 1962. En su eficaz actuación, don Rafael de Balbín estuvo en contacto personal con don Ramón en Madrid y conmigo por correspondencia. La dignidad y decoro con que fue editado el primer volumen fueron mérito en su mayor parte del interés de don Rafael. De la composición técnica de los mapas se ocupó como redactor jefe Sanchis Guarnier, asistido por Rodríguez Castellano y Aníbal Otero. Era difícil hacer figurar en la portada, con su respectiva participación, a todas las personas que intervinieron en el trabajo, desde Menéndez Pidal hasta los dibujantes y litógrafos. Pareció más propio presentar la obra como anónima, dejando para la introducción las referencias oportunas. Ejemplo semejante daba la Academia Española con su *Gramática* y su *Diccionario*.

Contiene el primer volumen, además de la introducción informativa, de la lista de signos del alfabeto fonético, del mapa indicador de los lugares estudiados, del que asigna tales lugares a los correspondientes equipos y del plano general de la división lingüística peninsular, una serie alfabética de los primeros 75 mapas correspondientes a la sección de fonética, desde *abeja* hasta *dulce*. El resto de la sección requerirá, por lo menos, otro volumen. La parte de léxico ocupará probablemente ocho volúmenes.

A juzgar por los mapas de su primer tomo, el *ALPI* cumple su propósito de ofrecer una visión panorámica relativamente detallada de la lingüística peninsular. No parece que su testimonio vaya a modificar los rasgos esen-

ciales generalmente conocidos que diferencian entre sí a las tres zonas históricas. Su novedad consiste en ofrecer fenómenos menores, de nivel subdialectal, que abundan en la materia y dan una imagen más nutrida y detallada del habla de cada zona. Pueden anticiparse algunos ejemplos:

Varios mapas indican una diferencia, no advertida hasta ahora, entre la lengua de las provincias orientales de Castilla y las occidentales. El mapa de *boca*, que en Soria, Guadalajara y Cuenca muestra la *o* con uniforme timbre medio, la señala como semiabierta o con mayor o menor tendencia a la abertura en Palencia, Valladolid y Ávila.

La *ll* palatal lateral, que en las provincias orientales mantiene su sonido de manera plena, sin vacilación, aparece con articulación vacilante, en competencia con el yeísmo, en las occidentales, como se ve en los mapas de *caballo*, *cuchillo* y *castillo*.

La *s* final, en el mapa de *árboles*, se registra con definido sonido apicoalveolar en el lado de oriente, y se debilita y reduce en el de occidente.

De modo análogo, en el mapa de *cruz*, la *z* aparece con clara pronunciación interdental en las provincias orientales, y en forma tenue y relajada en las occidentales.

Añádase que el nombre del *aguijón*, que en la parte oriental es uniformemente *guizque*, en la occidental es *rejo* con igual uniformidad.

Revelan estos datos, que sin duda serán confirmados por otros mapas, que la fonética del castellano oriental es más conservadora y consistente que la del occidental.

Otro ejemplo ofrece el mapa de *aguja*, donde el territorio total aparece dividido en cinco zonas verticales y paralelas en lo que se refiere al tratamiento de la consonante *g*. La conservan con articulación fricativa velar las dos zonas extremas, gallego-portuguesa: *agulha*, y cata-



lano-valenciana: *agulla*. Se pierde en las dos zonas intermedias, quedando la palabra como trisílaba, con hiato, *aija*, en la sección leonesa, y bisílaba, con diptongo, *aija*, en la aragonesa. Con solución independiente la extensa zona central castellana sustituye la *g* por la bilabial *b*: *abuja*. Al sur, Andalucía se une a la zona castellana.

Cada mapa es como un espejo en que se manifiestan las modalidades de un fonema en su distribución geográfica. Los correspondientes a las consonantes finales de palabra demuestran la variable condición y disposición de estos sonidos.

En la *l* de *baúl* se advierte, entre otras cosas, cómo el gallego se aparta de su natural relación con la forma cóncava que tal consonante final tiene en portugués y se asocia a la articulación plana que es normal en castellano.

En el de *aguijón*, la *n* final con articulación velar ejerce su dominio en una extensa zona que comprende las provincias gallegas, leonesas, extremeñas y andaluzas, entre el portugués que funde la consonante con la nasalización de la vocal final y el castellano que mantiene uniformemente el ordinario sonido alveolar. Nota particular es la de Salamanca que interrumpe la uniformidad de la zona indicada sumándose a la práctica castellana.

El mapa de *andar* ofrece como rasgo de especial interés el ensordecimiento de la *r* en las provincias del norte desde Asturias hasta Aragón, además de la sustitución de *r* por *l*: *andal*, en una estrecha y oblicua faja que desciende desde Cáceres hasta Murcia.

Las áreas de la *s* en el mapa de *árboles* componen un mosaico con sus variedades de articulación plena, reducida, palatalizada y eliminada, fuera de núcleos aislados de aspiración sorda o sonora.

Un cuadro análogo ofrece la *z* de *cruz* con sus respectivas secciones de sonido interdental pleno, reducido, seseado, aspirado y eliminado.

El valor demostrativo de estos mapas, como puede apreciarse, es mérito de la detallada precisión de sus transcripciones. Una investigación realizada con menos rigor analítico y con transcripción menos estrecha, habría resbalado por encima de muchos de estos pormenores tan significativos para el cabal conocimiento de la materia. En efecto, no se trata de detalles fuera del alcance de una observación adecuada. Son sentidos de manera general, pero sólo adquiere conciencia de ellos el oído adiestrado para definirlos.

Visto a la distancia de los cuarenta años transcurridos, no se puede decir que el plan del *ALPI* ni el método seguido en su elaboración hayan perdido actualidad ni consistencia. Si hoy hubiera que repetir la empresa, habría que aplicar las mismas normas. No se ha descubierto manera de estudiar la lengua popular sin ir a buscarla a su propio terreno. Tampoco hay modo de representar esa lengua sin imponerse limitaciones de sujetos y lugares. Los aparatos mecánicos sólo prestan una ayuda relativa. El oído convenientemente ejercitado sigue siendo el instrumento más perfecto. Muchas veces, al repasar en la oficina una cinta magnetofónica, se echa de menos la presencia de la persona que la inscribió.

La publicación del *ALPI* está interrumpida por motivos económicos. El coste del primer volumen se elevó a una cifra extraordinaria. Posteriormente, los precios se han ido haciendo cada vez más altos. Antes de llegar a la litografía, los mapas necesitan pasar por una larga y escrupulosa elaboración. El redactor jefe tiene que ser asistido por colaboradores competentes y expertos dibujantes. Una oficina con personal de esta clase requiere

estar suficientemente dotada. Es de esperar que, mientras no sea posible reanudar su publicación, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas tenga bajo su cuidado unos materiales que al presente encierran ya importante valor histórico para la lingüística hispánica.

Los capítulos que siguen han ido apareciendo de manera dispersa en diferentes publicaciones. Su procedencia está señalada en el Índice. La unidad de su asunto y el propósito de facilitar su consulta han hecho aconsejable reunirlos en un solo fascículo. Agradezco al Instituto Caro y Cuervo el acuerdo de acogerlos en la serie de sus publicaciones.